

—Don Manuel Turón! ¡Mi antiguo y apreciable principal! — dijo Núñez, asombrado de aquel encuentro.

Y ambos se abrazaron como dos buenos amigos que se ven después de una larga ausencia.

—Pero, ¿qué me anuncia ese luto? —continuó Núñez fijando la vista en el traje del anciano—. ¿Ha muerto, por desgracia, vuestra digna esposa?

—No —respondió don Manuel con voz conmovida—; quien ha muerto, y de la manera más desgraciada, suicidándose hace pocas noches, ha sido mi pobre hijo, a quien encontré en la feria de Tlalpan, hecho un miserable, sin un real, y poniendo a una carta el retrato de su amante madre.

—¡El juego! —exclamó Elisa horrorizada.

—Sí —contestó el anciano conmovido—. ¡El juego! ¡El juego le absorbió cuanto poseía; el juego le hizo que dejase perecer de miseria, de hambre y abandonada, a su virtuosa esposa, y a una inocente criatura, que expiró moriendo el seco pecho de su moribunda madre; y el juego, en fin, le puso en las manos el arma fatal que lo condujo a la eternidad!

Elisa, sus tiernas hijas y Núñez, se horrorizaron.

—¿Luego era él quien se encontró muerto en el callejón de Mecateros, y que todos creyeron que lo habían asesinado?

—¡El mismo! — dijo el anciano, con el acento de la mayor tristeza.

—¡Desgraciado!

—¡Ah!, y no sólo me condena a vivir en el llanto y el dolor, sino que me expuso a perder la razón y a que fuese un insensato..., ¡un miserable loco! ¡Oh! Sí; el sentimiento y la sorpresa me habían causado una sensación tan profunda y violenta, que llegué a perder por dos días el juicio... Entonces, como que nadie me conocía, y en la posada no había local, ni proporción de atenderme en todo, me condujeron a este sitio, donde, merced a los acertados y eficaces remedios de un médico prudente y entendido, conseguí recobrar la razón, que estuve próximo a perder para siempre.

—¿Y cuándo ha dispuesto usted salir de este edificio?

—Mañana mismo; he tomado una casa en la primera calle de Plateros, número 6, y allí me ofrezco a su disposición.

—Mil gracias.

—Traigo algunos negocios que arreglar antes de volver-

me a Guadalajara, y quiero tener, donde viva, todas las comodidades posibles.

—Hace usted perfectamente —contestó Núñez, y después de darle las señas de la casa en que él vivía, poniéndola a su disposición y de ofrecerle que iría a visitarlo, se despidió de su antiguo principal y del atento administrador, dió el brazo a Elisa, junto a la cual iban Julia y Teresita, bajó la espaciosa escalera, subieron al coche que habían dejado en la puerta de la calle, y poco después se alejaban de aquel lúgubre recinto, donde tantas emociones habían sentido.

CAPITULO IV

La gaceta viviente

—¿Ya sabe usted lo que ha sucedido, querida y antigua vecina?—dijo, entrando en casa de Elisa, la en un tiempo mercachifle doña Anita, y portera ahora de la casa contigua a la de la esposa de Diego.

—No, doña Anita, nada sé; hace poco que llegué de la casa de dementes, y no he tenido tiempo de ocuparme de otra cosa que de dar de cenar a mis pobres criaturas, que se acaban de acostar.

—Pues ha sucedido una cosa la más atroz, mi alma.

—¿Cuál?

—¿Se acuerda usted del señor don Felipe Flan, aquel rico comerciante tan bondadoso con todo el mundo?

—Sí, señora.

—Pues fué asesinado anoche en su cama.

—¡Dios mío!

—¿Y sabe usted por quién?

—¿Cómo quiere usted que adivine?

—Asómbrese usted, mi alma; ¡vamos, si lo que no se ve en estos tiempos! Por nuestro antiguo vecinito Félix.

—¡Por su dependiente!

—Sí, mi alma, por su dependiente. ¡Vamos, si eso horroriza! ¡Oh!, si la desmoralización ha cundido por todas las clases. Pero no hay cuidado; pronto pagará su delito, pues ya está a buen recaudo y en poder de la justicia.

—Pero eso no puede ser.

—Lo mismo me resistía yo a creerlo, pues como soy una señora, no comprendo cómo se pueda cometer una mala

acción; pero a pesar de esto, es una verdad lo que digo.

—¿Está usted cierta?

—Ya ve usted que, a no estarlo, me guardaría bien de aventurar una noticia tan terrible, pues ya sabe usted que soy toda una señora y...

—¡Dios mío!

—Figúrese usted que me lo ha contado mi inofensiva amiga doña Crucecita; ya sabe usted, la esposa de aquel cesante que vivía junto a mi cuarto. No sé si sabrá usted que el infeliz perdió el juicio y que está ahora en la casa de locos. ¡Pobre Crucecita! Si usted la viera, está que da compasión. Ya se ve, por más vueltas que da a la comisaría, como el gobierno no paga... Me acuerdo que ella era la primera que defendía a ese don Félix, que hoy está acusado del mayor de los crímenes.

—¡Oh! ¡me parece imposible! Un joven tan bueno y moderado, que se captaba el aprecio de cuantos lo trataban.

—Pues ahí verá usted... Pura hipocresía y nada más; como que ésta es la escuela del siglo que cruzamos, como se dice ahora, de la «filantropía», que antes llamábamos caridad, y que ya no existe desde que le mudaron el nombre; porque eso sí, mi alma, los hombres de ahora no son: ni cristianos, ni judíos, ni mahometanos, ni protestantes, ni nada; pero para bautizar cosas viejas con nombres nuevos y retumbantes que, por lo mismo que son huecos, carecen de sustancia, se desviven y se pintan solos; si hoy pide usted un ramillete, no hay quién la atienda, porque hasta los indios le llaman a la francesa, «bouquet». En mis tiempos, mi alma, no había tanta paja ni tanta bambolla, pero había más grano. No se decantaba a todas horas «garantías individuales»; pero el hombre de bien se acostaba tranquilo, sin temor de que le fuesen a sacar a media noche de su cama; no se repetía hasta el fastidio la palabra «libertad» y «derechos del pueblo», y sin embargo, el ciudadano no era llevado de leva a un cuartel, amarrado como un facineroso y apaleado como una bestia; no se hablaba de «ilustración», pero todo el mundo sabía cumplir con sus deberes; los caminos estaban seguros y bien cuidados; se temía a Dios y se amaba al prójimo, o al menos, no se le despojaba de lo que era suyo; no se presentaban en cada reunión política, y en cada fiesta cívica los retratos de los que habían trabajado por la independencia, ni había mil oradorcillos que preconizasen sus hazañas; pero sé les pagaba a sus infelices viudas con religiosidad, y no

se las despreciaba, ni se las dejaba morir de hambre, ni andar pidiendo limosna, como veo a muchas de mis amigas. ¡Ay, tiempos de mi señor Iturbide!

Y doña Anita exhaló un prolongado suspiro arrancado por los recuerdos de una época en que hacía gala de haber llamado la atención por sus atractivos personales.

Elisa, preocupada por la fatal noticia que acababa de oír, no puso cuidado a las estériles declamaciones de su interlocutora, y exclamó, dominada por un profundo sentimiento.

—¡Don Félix asesino..., el primo de la hermosa Soledad!

—Tiene usted razón de admirarse, mi alma; si a mí misma me parece mentira.

—Pero, ¿qué motivo ha podido existir para ese asesinato?

—Pregunte usted «quién es ella», y acertará.

—¡Cómo! ¿Una mujer es acaso la causa?

—No hay delito sin mujer, ni sermón sin San Agustín. Por supuesto, mi alma, que esto nadie me lo ha contado; pero conjeturo... Porque, en fin, ¿con qué objeto se llevó el señor Flan a su casa a esa joven? ¿Nada más que por verla feliz? ¿Filantrópica y desinteresadamente? ¡Ay, mi alma!, ya no hay ni quien dé los buenos días sin ver la utilidad que le puede dejar el saludo. Esto no es decir que Soledad..., Dios me libre de que tratase de quitarle el crédito, pues ya sabe usted que soy toda una señora, pero...

—No, doña Anita; no es bueno juzgar del mundo tan desventajosamente; aun hay personas honradas en él, que son modelo de caridad y de virtud. Además de que, aun cuando don Félix hubiera visto en Flan inclinación hacia la joven, lejos de disgustarse, debía darse el parabién, porque así se podía enlazar su prima con un hombre que labrase su felicidad.

—¡Prima..., prima! —dijo con aire incrédulo y malicioso doña Anita—. ¿Y si era algo más que prima?

—¿Qué quiere usted decir?

—¡Ay, mi alma! ¡Está el mundo tan corrompido en nuestros días! Yo no quiero que se crea que trato de quitar el crédito a nadie, porque al fin soy una señora; pero, ¿quiere usted que le diga lo que yo pienso? Pues yo no creo que hay ni ha habido tal «primazgo»; que ese título no ha sido más que un pretexto para vivir juntos y cubrir, como decía mi difunto Mamerto, que en paz descansa, cualquier «lapsus linguae»... En fin, mi alma, yo pienso que el tal don Félix, celoso acaso, y no pudiendo soportar con calma

los obsequios hechos a su amada, no ha encontrado otro medio más eficaz de librarse de su rival, que asesinandolo.

—Pero esa no es más que una suposición.

—Si cuando éramos vecinas en la calle de Tacuba, hubiese tenido el gusto de tratar a usted, la hubiera hecho observar cosas que... Pero como la fortuna de tratar a usted, desde hace poco, la debí a la casualidad de encontrarnos en casa de la digna preceptora Amalia, a quien visito por haberla hospedado en mi pobre cuarto la noche que llegó a México...

—Es verdad.

—Pero mi amiga doña Crucecita y yo, que sin pretenderlo, veíamos todo lo que pasaba en la vecindad, tuvimos proporción de hacer observaciones muy poco favorables para ella y para él.

—Muchas veces las apariencias están muy lejos de la realidad.

—¡Apariencias! No sea usted cándida, mi alma.

—¡Don Félix asesinar por celos a don Felipe!

—Sería capaz de jurarlo.

—Le digo a usted, doña Anita, que eso es imposible.

—Así tuviera yo tan segura la paga en la tesorería.

—Bien, será así; pero le suplico a usted que no hablemos más de este asunto, porque me afecta en extremo; debí a Soledad atenciones y favores muy distinguidos, y no quisiera que se me obligase a escuchar acusaciones que me molestarían, por lo mismo que iban dirigidas a ella.

Doña Anita se sintió herida con aquella advertencia; pero disimuló su disgusto.

—Perdone usted, mi alma —dijo, acariciando con su arrugada mano la suave y redonda de Elisa—. No creí que se ofendiese usted de una opinión inocente, vertida sin malicia, como cumple a toda una señora como yo.

—No es que me haya ofendido, sino que no juzgo consecuente de mi parte, escuchar nada contra su reputación, por veraces que sean las palabras de usted, porque podría creerse que sentía satisfacción en oírlas, cosa que no me honraría mucho, cuando, como le he dicho a usted antes, le debo muchos y muy distinguidos favores, que quisiera hallarme en estado de pagarle en este instante.

—Tiene usted razón, mi alma; ya no me acordaba, en efecto, de esa circunstancia, porque a haberla tenido presente, soy todita una señora y jamás me hubiera permiti-

do ninguna observación contra su honra, por inocente que fuese mi intención.

—Lo creo así, doña Anita. ¿Y sabe usted, por ventura, lo que ha sido de Soledad?

—Lo ignoro. Sólo sé que el Gobierno, como que don Felipe murió sin testar y sin herederos forzosos, ha entrado en posesión de todos sus bienes; que la joven se vió precisada a salir de la casa y que el señor Flan, tan rico, y tan espléndido, fué enterrado hoy sin pompa y sin lujo, como el más infeliz del pueblo.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¡Qué será de la pobre Soledad!

—¡Vea usted lo que son los caprichos de la fortuna!

—¿Y no sabe usted a dónde se ha ido?

—Lo ignoro.

—¡Oh, pobre amiga mía! Si al menos hubiera venido a verme, habría podido dividir con ella mi pobre casa y mi escasa comida!

—Veo que es usted muy desgraciada con sus amigas.

—Demasiado.

—Pero, sobre todo, a quien más debe usted sentir, es a la bondadosa Clotilde, que, desde el día en que debió unirse a Duval, se encuentra gravemente enferma.

—¡Cómo! —exclamó Elisa palideciendo súbitamente—. ¿Está mala Clotilde?

—¿Lo ignoraba usted?

—Nadie me había dicho una palabra.

—Pues siento haber sido la primera que haya venido a darle tan desagradable nueva.

—¿Y cuál es su enfermedad?—preguntó Elisa con la mayor ansiedad.

—Una afección violenta de pecho, que pone con frecuencia en peligro su vida.

—¡Dios mío!

—Dicen que padeció mucho la pobre desde que se acercó al altar para unirse al hombre que aborrecía, y renunciar al que idolatraba con toda su alma; que las palabras del sacerdote las escuchó pálida y temblando; que no pudo pronunciar el sí que con impaciencia esperaba Duval; porque la consideración del sacrificio que iba a hacer, anudó la voz en su garganta; que en aquel momento se presentó como brotado de la tierra, un joven con un cuaderno que puso en manos del señor Landeta, pidiendo que se suspendiese la ceremonia; que al acceder a su petición, el exceso de placer y la sorpresa causaron una impresión

tan viva y profunda en Clotilde, que perdió el sentido; que alarmados con aquel repentino accidente, la condujeron a su lecho, y que desde entonces está sobresaltada, triste, abatida y sin fuerzas para salir de su alcoba.

Elisa había escuchado aquella relación con una ansiedad sin límites; cada una de las palabras de su interlocutora había sido un dardo agudo que clavaban en su corazón; amaba a Clotilde como a ninguna otra mujer del mundo; le era deudora del bien mayor que existe para una madre, del generoso donativo señalado a sus tiernas y queridas hijas para que de nada careciesen; la veía padecer el más terrible de los males para un alma pura y sensitiva, el amor contrariado; su imaginación la presentaba melancólica, llorosa, pálida y sin consuelo, conducida en alas del dolor y del sentimiento hacia el pavoroso vacío de una tumba, y este pensamiento le hizo estremecer de horror.

¿Qué iba a ser de ella y de sus hijas sin el celestial apoyo de aquel ángel que iba a abandonar la tierra?

Sola, sin recursos, mirando padecer a su infeliz esposo la más terrible de las enfermedades, y sin esperanza de alivio, la locura, no veía en el horizonte de su porvenir sino amargura, miseria y llanto.

Pero no era el sórdido interés de su bienestar y el de sus lindas criaturas, el móvil de su desconsuelo; sentimiento más noble, más desinteresado, más digno, era el que conmovía su corazón.

Aquella alma noble no estaba sujeta a esas pequeñeces y miserias del interés material, que son el patrimonio de pechos mezquinos y egoístas.

Más altos, más tiernos, más sublimes eran los sentimientos que alentaba.

Su profundo dolor reconocía por causa única el cariño desinteresado, la tierna amistad, el interés espiritual, dulce, intenso, inextinguible, que nos identifica con la persona amada, cuyos padecimientos nos afectan hasta el grado de olvidar los nuestros para sentir los ajenos exclusivamente y compadecerlos.

Clotilde absorbía de tal manera el pensamiento de Elisa, que se olvidó en aquel instante de la desgraciada Soledad, de la muerte de Flan y de la prisión de Félix, para no distraerse del objeto de atracción en que giraban todas sus ideas.

—¿Y no sabe usted qué médico la cura?—preguntó con avidez Elisa.

—El de la casa; el doctor Willey.

—¡Willey! —exclamó conmovida la esposa de Diego—. ¡El amigo de Duval!

Doña Anita interpretó aquel asombro siniestra y maliciosamente.

Se acordó de que había visto entrar de noche al doctor en casa de aquella mujer, y tradujo por «recuerdo amoroso y criminal», lo que no era otra cosa que horror al nombre que acababa de escuchar.

Sin embargo, ocultando su refinada malicia y fingiendo un candor beatífico, preguntó:

—¿Lo conoce usted, por ventura? Y clavó sus malignos ojos en su interlocutora, con objeto de sorprender cualquier gesto que pudiese denunciar alguna falta.

—Sí; es muy amigo de mi esposo.

—¡Ah!, de su esposo de usted, ¿eh?

—El lo asistió cuando estuvo herido y próximo a la muerte.

—Y usted lo querrá mucho—dijo la mercachifle, sin despegar la vista del rostro de su interlocutora.

—¡Yo! ¿Y por qué?

—Por... por gratitud... ¡Oh!, es un médico muy acertado. No tiene más que un defecto,

—¿Cuál?

—Que se enamora de cuantas buenas mozas ve, y que entrega su corazón a la última que visita, olvidándose de las anteriores. No será, pues, extraño que, a la vez que cura a la enferma, se enferme él del corazón.

Y doña Anita clavó de nuevo sus pequeños ojos en el semblante de Elisa, para leer el efecto que producían aquellas palabras con que procuraba despertar sus celos.

Pero la esposa de don Diego estaba muy lejos de abrigar el bastardo sentimiento que se figuraba, y contestó con imponente dignidad:

—Clotilde comprende perfectamente sus deberes, está dotada de exquisito gusto, de capacidad y de virtud, y no podrá corresponder sino a un hombre digno de ella: a Leopoldo, al hombre que ama.

—Es verdad —contestó desconcertada la mercachifle ante la fisonomía noble y la autoridad que da el aspecto de la virtud—. Además, por buen médico que sea, yo no creo que las medicinas dispuestas para aliviar los males físicos, ejerzan influencia alguna sobre los afectos del alma. Me parece que para esa joven no hay otro remedio para

volverle la salud, que la unión con Leopoldo. ¿No le parece a usted lo mismo, mi alma?

—Sí, doña Anita.

—Pero dicen que eso no puede ser hasta que no se aclare la verdad sobre algunos hechos que contiene el manuscrito entregado al señor Landeta; y esa aclaración, en mi concepto, no se conseguirá hacer mientras permanezca Duval al lado de don Emilio.

—¡Oh!, su salud es lo que deseo.

—Hay enfermedades que no las curan los médicos. Prueba de ello es esa interesante joven que gime encerrada en los altos de mi casa, y cuya ventana se ve desde aquí.

—Tiene usted razón—contestó maquinalmente Elisa, sin apartar su pensamiento de su querida Clotilde.

—¡Pobre niña, tan joven, y loca ya por amor! Y digo joven, porque ustedes me han dicho que lo es; pues yo, a pesar de que soy la portera, no he tenido el gusto de verla todavía, por más que he hecho para conseguir que me dejen entrar en su cuarto. ¡Ya se ve!, estas extranjeras tienen unas ideas tan raras... Así es que no la conozco más que por las señas que usted y Amalia me han dado de ella.

—¡Cosa extraña!—dijo Elisa, al ver que la mercachifle esperaba alguna contestación, pero sin atender a lo que le decía.

—Pues si la agreste madre no permite que nadie entre a verla... ¡Pobre joven! ¡Cuántos cerebros ha trastornado el amor! ¿Y sabe usted, mi alma, por qué perdió el juicio? Por un capitán de húsares, según me ha contado la extranjera; y como cada persona que ve se le antoja que es un capitán de húsares, de ahí que la mamá, para ver si se le quita esa idea, cuida de que nadie entre a verla, ni mujeres ni hombres. Así es, que, al único que he visto entrar, y eso alguna vez que otra, es al doctor Willey, a quien por ser extranjero le han llamado para curarla; pero, ¡ya baja! A pesar de todo su saber y de todo su extranjerismo, la muchacha está cada día peor, según me dice la extranjera, y sabe Dios si al fin tendrá que llevarla a la calle de la Canoa, donde está la casa de locas.

—Sí...—contestó maquinalmente Elisa, sin haber fijado la atención en las palabras de doña Anita, y precisada a decir algo, al ver que su interlocutora esperaba que le contestasen.

—¡Pobre joven! —exclamó doña Anita—. Tengo vehementes deseos de hablarla; pero ¡imposible!, no he podido ni aun satisfacer la curiosidad de verla; y la verdad, que no

comprendo por qué puedan temer que la hable yo, que soy una señora, a quien por más que diga la extranjera, es imposible que la loca equivoque con el capitán de húsares.

El motivo que doña Anita no comprendía hubiese para prohibir que nadie viese a la joven que estaba bajo su custodia, lo debe conocer el lector.

La joven de que se hablaba, era Luz, a quien el doctor, como ya vimos en otro capítulo, había encerrado allí con objeto de realizar sus inicuos deseos.

Luz, pues, no estaba loca; pero era preciso hacerlo creer así, para evitar que se la viese, y aun se le cambió de nombre, con objeto de que nada se sospechase; y sólo por este medio se pudo haber conseguido tener desorientada la refinada malicia de la antigua mercachifle.

—Pero veo —dijo ésta, después de otro rato de conversación— que le estoy a usted quitando el tiempo, mi alma.

—Nada de eso —contestó Elisa—. Por el contrario, tengo mucho gusto...

—Sí; y además, yo tengo bastante que hacer. He dejado a mi amiga Crucecita cuidando un rato la puerta; y no quiero, pues soy toda una señora, abusar de su bondad. Adiós.

Y la antigua mercachifle se fué, dejando abismada en un mar de tristes reflexiones a la infeliz Elisa.

—¡Cielo santo! —exclamó la afligida esposa de Diego al verse sola y olvidándose de la joven presa, por tener fija su atención en Clotilde—. ¡Está en peligro la vida de mi querida Clotilde, de mi favorecedora, de mi amiga! ¡Oh, si es cierto, yo iré a su casa, veré a don Emilio, le diré cuanto es preciso decirle, para que desista del loco empeño de unirla a Duval, y desistirá, sí, desistirá, estoy segura de ello: el sentimiento y el dolor me prestarán su elocuencia para conmoverlo, y Clotilde no morirá; antes recobrará su salud, se unirá al hombre que ama y me deberá su felicidad. Sí; mi obligación es procurársela por todos los medios que estén a mi alcance; es un deber de conciencia, una justa compensación de lo mucho que padece en el mundo por mi causa. Por mi causa, sí; porque yo sé el misterio de su nacimiento, y no he querido comunicárselo a nadie, ni a la persona que, al saberlo, le hubiera hecho feliz para siempre; había jurado bajar con el secreto a la tumba; pero guardarlo para causarle la muerte, cuando descubriéndolo puedo hacerla venturosa, sería un crimen que no me perdonaría Dios. A quien temo es al doctor Willey; porque si

me hallase allí y llegase a sospechar... ¡Oh!, ese papel que está en su poder y con el cual me ha amenazado varias veces será entonces un arma terrible. Pero no, nada descubrirá, ni la misma doña Inés llegará a saber que he proferido la menor palabra, porque yo se lo exigiré así a don Emilio.

Y Elisa quedó abismada en sus pensamientos.

La noble idea de salvar a Clotilde preocupaba de una manera absoluta su agitada mente.

¿Cuándo debía presentarse a don Emilio para revelarle el secreto, sin que la hermosa Inés ni el doctor advirtiesen su llegada?

Esto es lo que ella misma no sabía.

En aquel momento marcaba el reloj de la parroquia las once de la noche, y la esposa de Diego, sin atreverse a resolver definitivamente nada, se dirigió a su alcoba para descansar de las penas y emociones de aquel día.

CAPITULO V

Marchar de acuerdo

Han transcurrido algunos meses desde que tuvo lugar el diálogo que llevamos referido en nuestro capítulo anterior.

Willey acaba de entrar al gabinete de Duval, y con rostro risueño le dirige algunas palabras, que llevan la alegría al corazón del segundo.

Duval le estrecha la mano, y señalándole un asiento en el sofá, le dice respirando el más alto placer:

—Pero ¿está usted seguro, señor Willey, de que los conspiradores se reunirán en el sitio que me acaba usted de decir?

—Segurísimo.

—¿Y de que concurrirán Núñez y Leopoldo?

—Sí, señor.

—Siendo así, todo se presenta como usted se lo esperaba para deshacernos de ambos, sin necesidad de derramar sangre por nuestra propia mano.

—Sin duda; el Gobierno se encargará de hacerlo al aprehender a los conspiradores.

—¿Y el pronunciamiento se trata de hacer solamente porque el actual Gobierno está por la libertad de cultos y ataca las creencias católicas?

—Precisamente.

—Pero usted ¿cómo ha llegado a saber el punto de que tratan en esas reuniones?

—Porque uno de los que conspiran me lo cuenta todo, creyéndome adicto a la causa.

—Magnífico.

—Así es que llegan a mis oídos hasta los más ligeros incidentes que tienen lugar. Hace pocas noches que algunos de los conspiradores indicaron el temor de que se les acusase algún día de haber promovido una revolución en los momentos solemnes en que los norteamericanos amenazan la independencia del país, y de haber introducido la desunión cuando el ejército marcha a defender las fronteras. «Yo no temo esa acusación, contestó Núñez, porque apelo a la conciencia de todos los ciudadanos. La religión es el núcleo salvador de los mexicanos: el lazo indivisible que los une a una misma familia, para defender compactos y como un solo hombre, los más caros afectos del alma: la enseñanza levantada en Dolores para proclamar nuestra independencia; atacar, pues, a la Iglesia, como lo hace la actual administración, es introducir la desunión en las familias, romper el lazo social que nos hace fuertes, introducir la duda y hacer menos odioso al enemigo extranjero que viene a combatirnos. El lazo religioso ha sido siempre fecundo en gloriosos resultados: él engendró en los pechos españoles rasgos de generosidad y de heroísmo, que echaron por tierra el poder colosal de Napoleón el grande. La inmortal Zaragoza no tenía ni espesas murallas ni soldados aguerridos; pero tenía a todos sus habitantes unidos por el lazo sacrosanto de la religión; lazo fraternal que no exceptúa clases ni colores, que establece la verdadera igualdad en todos los individuos, y este lazo hizo inexpugnable aquella ciudad abierta, que produjo en cada hijo un héroe, y en cada héroe un mártir de la patria. Sigamos, pues, ese noble ejemplo; combatamos el elemento disolvente que el Gobierno ha iniciado; reunámonos alrededor del estandarte de las tres garantías, que simboliza unión, independencia y religión, y el triunfo es indudable. No olvidemos que nuestra conspiración reconoce dos causas justas: el elemento de unión en nuestras creencias religiosas, y arrancar a los seres que amamos, de las garras de los que, escudados con la tolerancia de los gobernantes, han vertido la amargura en nuestros corazones.»

—¿Y cómo fueron acogidas esas palabras?

—Con frenético entusiasmo, con verdadero ardor bélico.